



JAN CARSON

Los
incendiarios

TRADUCCIÓN DE CLARA MINISTRAL

En los barrios protestantes del este de Belfast, basta una chispa para que todo vuelva a explotar como en los años del conflicto. En este junio sofocante, la decisión del ayuntamiento de limitar la altura de las hogueras del solsticio de verano provoca un imprevisto estallido de furia. Las calles arden de nuevo y el antiguo paramilitar unionista Sammy Agnew ve con profunda preocupación cómo su hijo se inicia en sus mismos rituales de violencia.

Al mismo tiempo, el pusilánime doctor Jonathan Murray acude a una urgencia en Belfast Este y se encuentra con una sirena –una embaucadora de incautos, de voz magnética–, retozando zalamera en la bañera. De su fugaz encuentro nacerá Sophie, una preciosa niña al cuidado del médico tras la desaparición de la mujer mitológica. Buscando ayuda para afrontar su imprevista paternidad de una criatura supuestamente medio humana, Jonathan descubrirá a los Niños Desdichados, una asociación de familias de críos con capacidades inverosímiles. Al parecer, Belfast está llena de niños voladores...

Para mis padres, con cariño y gratitud

sirena

(del lat. *Sirēna*, de *Siren*, *-ēnis*, y este del gr. *Σειρήν* *Seirēn*)

1. f. Mecanismo que emite un sonido fuerte y prolongado que se emplea como aviso o como señal de alarma.

2. f. (mitología griega) Ser alado o mujer que, con su canto, atraía a los navegantes incautos a los escollos.

Hubo en otro tiempo ángeles que bajaron a la tierra, tomaron a los hombres de la mano y los sacaron de la ciudad de la destrucción. Hemos dejado de ver a aquellos ángeles de blancas alas. Hay sin embargo hombres a los que se aparta de la destrucción que los amenaza: una mano se posa en la suya y los conduce amablemente hacia una tierra tranquila y luminosa, de manera que ya no necesitan volver la vista atrás; y esa mano puede ser la de una niña.

GEORGE ELIOT, *Silas Marner*

JUNIO

JONATHAN

He tardado tres meses en darme cuenta. Lo siento. Bueno, en realidad no lo siento. He tenido la cabeza en otras cosas. Tengo muchas cosas de las que preocuparme ahora que somos dos. Un día no estabas aquí y al siguiente sí. No anunciaste que ibas a venir. No llamaste para avisar. ¿Cómo ibas a hacerlo? En cualquier caso, fue una impresión enorme. Una mañana, yo era yo. A la siguiente, yo era nosotros. No me dio tiempo a mentalizarme; no me dio tiempo a huir.

Ya tenía miedo antes de que llegaras. Mis miedos estaban repartidos por distintas habitaciones, con todas las puertas bien cerradas. Pasaba corriendo de una a otra y podía hacer como si no viera todo lo que se iba acumulando en ellas. Cuando llegaste, las líneas que separaban un miedo del siguiente se borraron. Mis distintos miedos se expandieron hasta fundirse unos con otros, como unos charcos que hubieran crecido descontroladamente hasta formar un lago delante de mí. No veía el fondo. No veía los lados. Empecé a ahogarme.

He hecho una lista de los miedos que no existían antes de tu llegada: el miedo a la gente y el miedo a no tener a

nadie, el miedo al dinero, a los teléfonos y al tiempo. El miedo al silencio y el miedo a los sonidos. El miedo a que te me caigas al suelo y te golpees la cabeza, que se te abra como un huevo y se te salga todo el líquido. Pensé que la lista podría ser una especie de escalera por la que salir de mi propia cabeza. Pero un miedo alimentaba al siguiente y no había papel suficiente en el mundo para anotar todos los temores que tenía. No he escrito la lista por miedo a que alguien la encuentre y la utilice en mi contra. Ese es otro miedo que añadir a la lista.

Entre tu llegada y las preocupaciones que ha traído tu llegada, todo lo demás ha ido quedando en un segundo plano. No he tenido tiempo de fijarme en tus orejas. Pero esta mañana, cuando te he sacado de la bañera, no estaba pensando en mi trabajo ni en tu desayuno. No estaba pensando en las distintas formas en que esta casa se está desmoronando. Era fin de semana. Me había permitido tomarme un momento para sentarme y respirar.

Han pasado muchas semanas desde la última vez que me senté y no me levanté inmediatamente. El tiempo es lo más importante que me has arrebatado: el tiempo y el permiso para irme. Esta mañana me he detenido a observarte. Hasta he encendido la luz alargada de encima del espejo del baño. Creo que te ha gustado que te mirara. Me has sonreído. Era la primera vez que me sonreías. De eso sí que estoy seguro. He estado observando tu boca como si fuera un reloj. Tu boca es una especie de reloj y no puedo hacer nada para que vaya más despacio.

Tenías la piel rosada por el baño. La clase de rosa que en realidad es blanco con miles de puntitos rojos diminutos, como en un cuadro. Tenías las uñas afiladas. Tengo que cortártelas o mordértelas. He leído en internet que en los primeros meses se recomienda morderlas. Igual lo hago esta noche. El pelo te cubría la cabeza en forma de hebras mojadas. Tu pelo se parece a las curvas de nivel con las que se señalan las colinas en un mapa. Normalmente

lo tienes rizado. Tus rizos son como una especie de escudo que te ensombrece los bordes de la cara, como si estuvieras intentando mantenerte en secreto. Me ha gustado poder verte la forma de la cabeza sin el pelo. Me ha recordado a las crías de pájaro antes de que se les ahuequen las plumas, o a los ancianos muy mayores. Te he puesto delante de la ventana del baño, girándote a un lado y a otro a la pálida luz. Por primera vez me he fijado bien en tus orejas.

No es que hasta ahora no hubiera reparado en ellas. Siempre he sospechado que estaban ahí. Era consciente de tus orejas de la misma forma en que sé que tienes dedos en las manos y los pies, ojos y la posibilidad de tener dientes, que todos tus órganos están ahí, funcionando en silencio. Esto no es solamente por una cuestión de profesionalidad. En tu caso, realmente quería prestar atención. Cuando se observa un cuerpo, es fácil dar por sentados los milagros menos llamativos. Me refiero a los rasgos comunes a todos los seres humanos, características generales entre las que incluyo sonreír, dormir y ciertas respuestas motoras. Me he estado fijando especialmente en tus pecas, así como en tu pelo. Ambos son inusuales y muy llamativos. No sé si a la gente de tu entorno le parecerán hermosos o feos. No me corresponde a mí decirlo.

Tu pelo es tan oscuro que parece que lo tienes mojado incluso cuando está seco. No es buena señal. Tampoco es la peor señal. Muchas mujeres tienen el pelo brillante. No dejo de repetírmelo, pero es difícil agarrarme a esa verdad. Es mucho más fácil creerse lo peor.

Tu pelo, para ser sincero, es la razón por la que te cubro la cabeza con un gorro. Tu boca, el motivo por el que estoy pensando en ponerte un pasamontañas. Cada vez que veo tu pelo negro húmedo paso miedo por los dos. Ni siquiera quiero creerme que tienes boca. Sé que las bocas son necesarias, para respirar y demás, pero no soy capaz de mirar directamente a la tuya. Su color rojo es como

la sirena de una ambulancia que indica que ya está sucediendo algo terrible, algo que pronto veré con mis propios ojos. Quiero taparte la boca con la mano y hacerla desaparecer.

Y ahora, esta mañana, otro miedo que añadir a la lista. Me he dado cuenta de que tus orejas son distintas de las mías.

No es buena señal. Eso son dos cosas a favor de tu madre y solo los ojos a mi favor. Me he estado aferrando a tus ojos como sostén. Son exactamente del mismo color castaño que los míos. Me gusta mirarte a los ojos y verme a mí mismo, reflejado en su negrura. Me gusta pensar: eso es, mi pequeña, eres tan mía como de ella.

Los ojos de tu madre eran del azul del mar. Cualquier otro color habría sido una ofensa. Pero los tuyos son marrones, como la tierra, como el suelo, como los troncos de los árboles y el mantillo de las hojas otoñales cuando llega el invierno. Eres un bebé terrestre, y cuando tengo un día bueno me creo que eres mía. «¿Qué más dan las orejas y el pelo?», me digo a mí mismo. No importa que sean los de tu madre. Esas cosas son secundarias. Tienes mis ojos, ¿y no dicen que los ojos son casi tan sagrados como el corazón? El espejo del alma, los llaman, y otras expresiones parecidas que me resultan reconfortantes. Los ojos valen más que las orejas y el pelo juntos. También tengo las esperanzas puestas en tus manos, que aprietas igual que yo cuando duermes, en tus piecitos regordetes y en la forma en que quizá te muevas, con el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante, cuando camines por una habitación.

Yo haré todo lo posible por formarte a mi imagen. «Pon la espalda así –te diré–, y las piernas como si no tuvieran el recuerdo del agua». Te recordaré una y otra vez que las personas no pueden nadar. Te mantendré alejada de las imágenes de piscinas y nadadores de la televisión. Te diré:

«El agua sirve para beber y para lavar, nada más». Te diré:
«Junta los brazos, mi pequeña, tú eres de los míos».

Espero que puedas oír con esas orejas, aunque es posible que en tus oídos ya estén sonando los cantos de tu madre.

Me mantendré a la espera y permaneceré atento a tu boca.

Será en tu boca donde el mundo comience o termine. No soporto mirarla. Aun así la observo, como si observara un reloj. Me mantengo a la espera para ver qué sale de tu boca; para ver si eres mía o eres de ella.

1. ESTO ES BELFAST

Esto es Belfast. Esto no es Belfast.

En esta ciudad es mejor no llamar a las cosas por su nombre. Es mejor evitar los nombres de personas y de lugares, las fechas y los apellidos. En esta ciudad los nombres son como puntos en un mapa o palabras escritas con tinta: intentan a toda costa pasar por la verdad. En esta ciudad la verdad es un círculo si se mira desde un lado y un cuadrado si se mira desde el otro. Uno se puede quedar ciego viendo qué forma tiene. Incluso ahora, dieciséis años después del conflicto, es mucho más seguro apartarse y decir con convicción: «Yo lo veo igual desde todas partes».

El conflicto se terminó. Eso nos dijeron en los periódicos y en la televisión. Aquí nos llevamos de fábula con la religión. No nos creemos nada solo porque nos lo digan otros. (Nos encanta meter el dedo y escarbar bien). No nos lo creímos al verlo en los periódicos y en la televisión. No nos lo creímos en nuestras carnes. Después de tantos años sentados en una misma postura, teníamos la colum-

na anquilosada. Tardaremos siglos en poder volver a estirarla.

El conflicto no ha hecho más que empezar. Eso tampoco es verdad. Depende de a quién le preguntes, cómo lo vea esa persona y qué día hayas escogido para tener la conversación. Quienes no conozcan nuestra situación pueden buscarla en la Wikipedia y leer un resumen de tres mil palabras. También hay otros artículos en internet y en revistas académicas. Si no, a base de hablar con la gente de aquí, uno puede obtener una especie de historia. Reconstruirla a partir de todos los pedazos será un proceso arduo, parecido a hacer un solo puzle con las piezas de dos, o quizá de veinte.

La palabra *conflicto* se queda corta para describir todo esto. Es la misma palabra que se usa para referirse a problemas leves, como no estar de acuerdo en algo con tu hermana o que te hayan invitado a dos fiestas el mismo día y no sepas a cuál ir. No es una palabra suficientemente violenta. Por necesidad, nos hemos tenido que ganar una palabra violenta, algo tan rotundo y tan brutal como *apartheid*. Lo que tenemos en cambio es una palabra como *rebaño*, que se dice en singular pero designa una realidad plural. El conflicto es/fue una cosa espantosa. El conflicto es/son muchos males individuales encadenados. (Otras palabras parecidas son *archipiélago* y *ramaje*). Se habla del conflicto como si fuese un acontecimiento concreto, igual que la batalla de Hastings es un acontecimiento concreto, con un principio y un final, un punto definido en el calendario. Sin duda la historia demostrará que en realidad es un verbo; una acción que se le puede infligir a la población una y otra vez, como robar.

De modo que no trazamos límites. Decimos que esto no es Belfast, sino una ciudad parecida a Belfast, con dos lados soldados el uno al otro por un río de aguas del color del barro. Calles, otras calles, vías del tren, chimeneas. Todas esas cosas que se encuentran en las ciudades que fun-

cionan con normalidad están presentes aquí en cantidades limitadas. Centros comerciales. Colegios. Parques, con la posibilidad implícita de grandes extensiones de hierba de un verde sombrío en primavera. Tres hospitales. Un zoo, del que de vez en cuando se escapan los animales. Al este de la ciudad, una pareja de grúas amarillas con forma de arco se alza sobre el horizonte, como dos señores patiestevados. Al oeste, una colina –no se la puede llamar montaña si se compara con los Alpes– desciende a trompicones hasta la bahía. Suspendidos sobre el agua hay multitud de edificios, encaramados a la costa como bañistas tímidos metiendo los dedos de los pies en el mar verdoso. Hay barcos: barcos grandes, barcos más pequeños y aquel famoso barco que se hundió, que mantiene cautiva a toda la ciudad desde el fondo del mar. No hay barcos futuros.

Lo que hay son estructuras de cristal y bronce grapadas al horizonte. Son como escaleras que conducen a las alturas de color blanco marfil que antes ocupaba Dios. Son bloques de oficinas y hoteles para los visitantes de fuera: de Estados Unidos, sobre todo, y de otros sitios llenos de gente motivada. Tenemos muy poco respeto por esos visitantes y por sus fotografías. Se creen valientes por venir a esta ciudad, o como mínimo abiertos de mente. Nos gustaría decirles: «¿Estáis locos? ¿Qué hacéis aquí? ¿No sabéis que tenéis ciudades como Dios manda a solo una hora de avión con una compañía de bajo coste? Tenéis incluso Dublín». Se supone que no debemos decir esas cosas. Ya hemos empezado a depender de su dinero.

Metemos a los visitantes en taxis negros y los ponemos a dar vueltas y más vueltas alrededor del centro, callecita arriba y callecita abajo, hasta que también ellos acaban mareados después de ver la ciudad desde tantos ángulos diferentes. Les servimos huevos fritos con beicon en platos casi blancos y decimos: «Ahí tiene, una muestra de la gastronomía local. Esto le dará energías para el resto del

día». Bailamos para ellos y para sus divisas. También estamos dispuestos a llorar si es lo que se espera que hagamos. A saber qué habrían dicho nuestros abuelos de todo este circo, de toda esta pose.

En esta ciudad nos encanta hablar. Hablar es algo que puede practicarse en los autobuses y en los bancos de los parques, desde púlpitos y desde otros sitios elevados. A veces se hace a través de poemas; más frecuentemente, de murales en fachadas. Cobra fuerza cuando hay público, aunque la presencia de un interlocutor no es estrictamente necesaria. No hay silencio suficiente para contener todo lo que hablamos. Hemos hablado hasta la extenuación de temas como la política y la religión, la historia, la lluvia y la condenada relación que existe entre todas ellas, como una versión espuria del ciclo del agua. Seguimos creyendo que al otro lado del mar, Europa (y el mundo) está en vilo, esperando el siguiente capítulo de nuestra triste historia. El mundo no nos está esperando. Ahora hay otros cuyas voces suenan con más fuerza. Africanos. Rusos. Refugiados. Cuentan cosas terribles con palabras que tienen que traducirse. A su lado somos como papel mojado.

Esta ciudad sigue hablando. Le cuenta a todo el que quiera escuchar que es una ciudad europea, hermanada con otras ciudades europeas. ¿A quién quiere engañar? No tiene plaza central, no tiene fuentes de mármol, no tiene prácticamente arte. Está agazapada al borde del continente, como un aparcamiento para la Europa continental. La forma de hablar de sus habitantes es poco refinada, como patatas cocidas chorreantes de mantequilla. Apenas hay sol y nadie se sienta en cafés al aire libre. Hasta cuando hay sol, no es más que una especie de nube que sirve para que la lluvia se meta detrás. Esta no es una ciudad como Barcelona o París, ni siquiera como Ámsterdam. Esta es una ciudad como una palabra que antes era negativa y que necesita que la rediman; *queer* es el ejemplo más inmediato.